

Perón habla a los trabajadores

NOVIEMBRE 73

**Discursos pronunciados por el
Señor Presidente de la Nación,
Teniente General Juan D. Perón,
en la C.G.T., los días 2. 11. 73. y 8. 11. 73.**

PRESIDENCIA DE LA NACION



SECRETARIA DE PRENSA Y DIFUSION

PERON HABLA A LOS TRABAJADORES

SINDICALISMO Y POLITICA

Discurso pronunciado por el señor Presidente de la Nación, Teniente General Juan Domingo Perón, en la Confederación General del Trabajo, el 2 de noviembre de 1973.

PRESIDENCIA DE LA NACION



SECRETARIA DE PRENSA Y DIFUSION

Compañeros: hoy voy a tratar un tema que, en líneas generales, es de gran importancia para la organización sindical. Se trata de la relación de la política con la organización gremial.

Nosotros, los Justicialistas, hemos hablado desde el comienzo de nuestra actividad de una comunidad organizada.

Entendemos el país, con todas sus instituciones, como una comunidad que, con un trabajo permanente, va labrando la felicidad de un pueblo, al mismo tiempo que, sin hesitaciones ni apuros, va labrando también, poco a poco, la grandeza de la Nación. Eso, para nosotros, es una comunidad organizada, en el entendimiento de que realizándose la comunidad, cada uno puede también realizarse dentro de ella.

EL CAPITAL AL SERVICIO DE LA ECONOMIA

El Justicialismo ha venido propugnando no la lucha, sino la colaboración inteligente que pueda cumplir una función social, por cuanto para nosotros la finalidad de todo nuestro trabajo es, precisamente, la felicidad del pueblo. Pensamos que el hombre es lo fundamental, y todo nuestro esfuerzo, desde el punto de vista político, social, económico, cultural, etcétera, va dirigido en beneficio del hombre.

En este sentido, yo he sostenido permanentemente que la política es sólo un medio para dar la posibilidad de que hombres salidos del pueblo puedan tomar en sus manos el destino de la Nación y llevarla hacia los grandes objetivos que perseguimos. En lo social, buscamos que cada persona tenga el margen de justicia que necesita para vivir con dignidad y con felicidad. Y en el orden económico, sostenemos que el capital está al servicio de la economía; no como era antes, en que la economía estaba

al servicio del capital. Para nosotros es a la inversa: el capital no tiene razón de ser sino al servicio de una economía, la que a su vez está al servicio del bienestar social.

De esta sintética exposición de fundamentos nace toda la orientación que el Justicialismo trata de poner en ejecución desde el Gobierno y desde las instituciones del Estado.

Siempre ha sido entre nosotros un tabú la intervención política de las organizaciones sindicales. Todos han venido sosteniendo que las organizaciones sindicales no deben intervenir en política. Es decir que, mientras las organizaciones políticas intervienen en el proceso sindical, los sindicatos no han de intervenir en el proceso político. Dado que la organización sindical se realiza para convertirse normalmente en un factor de poder, aquella premisa es totalmente falsa.

Nosotros tenemos nuestra experiencia. Hasta 1949, en que se sancionó la Constitución Justicialista, las organizaciones sindicales, por fallos de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, eran consideradas como asociaciones ilícitas que quedaban a merced de una justicia que se encargaba de anular y destruir todo el poder que podría representar la asociación profesional. Nada puede haber más injusto que esto.

Pero esto tiene su historia. Esa es la premisa fundamental sobre la cual se consolidó y organizó todo el sistema demoliberal-capitalista, que tiene su nacimiento en la Revolución Francesa y cuyas consecuencias se han venido sintiendo durante todo el siglo XIX y el siglo XX, que han sido dos siglos en que los trabajadores han luchado en desventaja para poder alcanzar las más elementales reivindicaciones que tienen derecho a exigir.

LA REVOLUCION FRANCESA

Estos dos siglos han sido de lucha. ¿Cómo comienza este proceso? En la Revolución Francesa, después del 14 de Brumario, cuando Napoleón, siendo Primer Cónsul de la República, toma el poder en Francia y termina con el proceso de la guillotina y de la desorganización que toda revolución trae inicialmente consigo.

Napoleón era monárquico. En consecuencia el pueblo, que había hecho la revolución contra la milicia, el clero y la monar-

quía, no lo veía con muy buenos ojos porque sabía que, siendo monárquico, realmente no lo representaba con amplitud. Pero la monarquía, el clero y la milicia, contra quienes se había hecho la Revolución Francesa, tampoco lo veían bien. De manera que venía a quedar algo así como el "jamón del sandwich", entre dos fuerzas que lo vigilaban y que lo podían destituir en cualquier momento.

A la percepción de Napoleón, que era un hombre extraordinario en todos los órdenes, no se le escapó el fenómeno que se estaba produciendo, y entonces llamó a la burguesía.

La burguesía no había intervenido en la Revolución Francesa y estaba casi intacta. La lucha había sido de los poderes de la monarquía, del clero y de la milicia contra el pueblo llano. La burguesía estaba en la barra mirándolos a todos desde afuera.

En consecuencia Napoleón, que al igual que en otros órdenes, tenía en política una gran habilidad, llamó a esa burguesía y la tanteó por donde se tantea siempre a la burguesía: por el bolsillo.

El Estado se había incautado de todas las posesiones del clero, de la milicia y de la monarquía, que eran dueños de casi toda Francia, y puso en venta esas propiedades. La burguesía las compró porque eran baratas; compró "chateaux" (castillos) y todas esas posesiones pasaron a manos de la burguesía. Cuando estuvieron en su poder, Napoleón los llamó y les dijo: "¿Ustedes han pensado hasta cuándo van a ser dueños de los "chateaux" y de esas posesiones? Serán dueños mientras nosotros estemos aquí, porque el día que caigamos, ustedes pierden las posesiones y, tal vez, las orejas también". Así fue como les encargó la organización de lo que entonces se llamó el Estado Nuevo.

La burguesía, naturalmente, venía con todos los resabios del sistema feudal del Medioevo y estaba enfrentada, en cierta medida, con las corporaciones que eran la incipiente organización gremial de aquellos tiempos, que se realizaba partiendo de células en que el patrono era a la vez el jefe del taller y tenía sus maestros y sus aprendices. De esa manera se formaba la célula gremial de aquel entonces.

Esas corporaciones habían actuado en la revolución en apoyo del pueblo llano, de manera que la burguesía les tenía un poco de temor. De ahí nacen, entonces, las organizaciones que han sido las que proporcionaron la estabilidad que advertimos a lo largo de todo el siglo XIX y el XX. Vale decir, la etapa que el mundo ha vivido y que se ha llamado de las nacionalidades y también del demoliberalismo burgués, porque de su organización participó toda la burguesía.

¿Qué crea esa burguesía como equilibrio político-social, que es el sector que nos interesa? Ellos crean primero las organizaciones políticas que dan nacimiento a los partidos políticos. Simultáneamente crean también los sindicatos, que han venido funcionando hasta hoy. Pero ¿con qué tareas? Simplemente para discutir por diez o veinte centavos de aumento en los salarios, mientras los partidos políticos orquestaban las leyes que les negaban al pueblo todo progreso. Ese ha sido, normalmente, el sistema demoliberal capitalista que ha dominado los siglos XIX y XX, hasta ahora, ya que en este momento las cosas están comenzando a cambiar en todas partes.

Ese sistema, naturalmente, estableció como premisa inicial que los sindicatos tenían tareas gremiales, pero que no podían intervenir en política. Desde entonces se les ha venido negando el derecho a las organizaciones sindicales a intervenir en política. Pero la fuerza estaba precisamente en esas organizaciones políticas, que eran las que decidían todo. Dentro de ese desenvolvimiento están quienes han respetado en cierta medida las organizaciones sindicales y quienes las han declarado asociaciones ilícitas.

LA JUSTICIA SOCIAL NO SE DISCUTE: SE CONQUISTA

Ha pasado el tiempo y las organizaciones sindicales han ido, poco a poco, progresando y adquiriendo un nivel de organización en relación directa con la justicia social que han desarrollado en el medio donde actuaban y proliferaron. Cuando el obrero ha estado en el mundo sin organizarse ha sido juguete de las circunstancias y ha sufrido la mayoría de las injusticias sociales. La justicia social no se discute, se conquista,

y se conquista sobre la base de la organización y, si es preciso, de la lucha.

Alcanzada esa justicia social, recién podemos pensar en una comunidad organizada a la usanza del Justicialismo, en la que se establece el equilibrio de las fuerzas que actúan dentro de la Nación, pero no puede existir de ninguna manera el menor asomo de las injusticias basadas en la ley o en una democracia que no se practica.

En este sentido, nuestra experiencia es bastante clara y elocuente. No necesitamos recurrir a los ejemplos de otros países, porque tanto el demoliberalismo como los sistemas que, en cierta medida, hemos venidos presenciando a lo largo de esta prolongada evolución, siempre han tendido, de alguna manera, a establecer un exceso de bienes y beneficios para un sector, en perjuicio del otro.

Nosotros quizá, aquí en América latina, somos los primeros que hemos establecido la posibilidad de que esto se discuta y se acuerde, a fin de que la comunidad, en paz pero con justicia, pueda elaborar su propio destino, en el que nadie sea menos que otro y el hombre sea considerado como tal. Para nosotros, como siempre he dicho, el origen y la finalidad de todo nuestro trabajo es el beneficio del hombre.

Ya hemos alcanzado una organización sindical que, posiblemente, sea una de las más perfectas que yo conozco. He recorrido casi todo el mundo, y en todas partes estuve en contacto con las organizaciones sindicales, y no creo que en ningún otro lado se haya alcanzado, cualitativamente, el grado de perfección que la nuestra pone en evidencia todos los días.

Es indudable que existen organizaciones sindicales, pero casi todas ellas están más o menos influidas por factores exógenos, que vienen desde afuera hacia adentro en las organizaciones, fenómeno que aquí no se produce, porque son realmente ellas las que disponen de su propio destino, y esa ha de ser la finalidad y el método que ha de caracterizar a las organizaciones sindicales. Estas son como esos pajaritos que no pueden vivir en cautiverio; no se los puede meter en una jaula porque se mueren.

Las organizaciones sindicales argentinas han tenido su prueba de fuego, que han resistido victoriosamente. Esto está

indicando su calidad. Han sido sometidas a todas las pruebas. En primer término, se las quiso manejar por el terror, pero no lo consiguieron; después, interviniéndolas y tratando de destruirlas, pero tampoco lo lograron; luego procuraron asimilarlas a formas que no eran las que convenían a las organizaciones sindicales, y tampoco pudieron alcanzar ese objetivo. Finalmente, trataron de dividirlas y anarquizarlas, pero tampoco pudieron obtener ningún resultado.

RENUNCIAR A LA POLITICA ES RENUNCIAR A LA LUCHA

Cuando una organización como la nuestra ha resistido la prueba del ácido —que es la prueba que han soportado las organizaciones sindicales—, quiere decir que ha de permanecer en el tiempo y en el espacio durante el lapso en que sus dirigentes sean capaces de asegurarles una dirección pura, firme, sin estridencias inútiles que desgastan y sin demostraciones también inútiles que no hacen sino dañar el organismo y debilitar a los hombres que lo forman. En ese caso, esa organización cumple con seriedad y con verdadero patriotismo la función para la cual está destinada. La defensa de los intereses profesionales se confunde con la defensa de los intereses del pueblo, y cuando una organización está al servicio del pueblo es invencible, porque los pueblos son invencibles.

Nosotros, en el orden de la relación entre la política y el sindicalismo, o la organización sindical, tenemos una gran experiencia que muchos años de combate —primero para formarse y organizarse, después para alcanzar un estado social conveniente y, por último, para subsistir como organización— han puesto a prueba durante tres décadas de trabajo y de lucha. De manera que esta experiencia es extraordinaria.

¿Y qué dice nuestra experiencia? Nos dice que cuando a las organizaciones gremiales se les ha exigido su prescindencia política —como dicen algunos— han mantenido su unidad gremial, pero también han mantenido su unidad política. Es inseparable lo gremial de lo político. No se pueden dividir. Claro, los que han intentado dividir la acción social de la acción política han que-

rado hacerlo precisamente para debilitar el factor de poder que representan las organizaciones sindicales.

Renunciar a la política es renunciar a la lucha, y renunciar a la lucha es renunciar a la vida, porque la vida es lucha, precisamente. Por eso creo que nosotros hemos alcanzado el desiderátum en este aspecto del equilibrio político-social: una Confederación General del Trabajo cuya misión neta es la defensa de los intereses profesionales y el manejo y conducción de una gran organización sindical, unida y solidaria. Esa es la misión de la Confederación General del Trabajo. Y unas 62 Organizaciones que, en estrecho contacto y absoluta inteligencia con ella, manejan la política sindical. Con esto aun conformamos a los que no quieren que los sindicatos se metan en política.

Señores: en este sentido, la política es bien simple, considerada desde el punto de vista sindicalista. Cada uno de los ciudadanos que conforman las organizaciones es libre de pensar, sentir y practicar la ideología y la política que se le ocurra, porque eso es intrascendente para la organización. Pero la organización no puede ser suicida y apoyar a los sectores organizados que están realmente contra la política que la confederación o la organización sindical debe seguir en beneficio de todos sus asociados.

¿Cómo no va a tener una política la Confederación General del Trabajo, en representación de todos sus adherentes, si precisamente esa política es la que va a decidir su destino? ¿Y por qué razón van a renunciar las organizaciones a tener sus representantes en los tres poderes del Estado, que son realmente los que gobiernan, dirigen y conducen a la Nación? ¿O es que los obreros no tienen derecho a ser partícipes en esa conducción, que si la hacen los demás ellos tendrán muy poco que agradecerles?

Y llegamos, compañeros, a un punto muy importante, cual es el analizar la evolución en el pasado y en el presente para así, intuitivamente, penetrar en el futuro y poderlo prever.

HOY EN EL MUNDO PRIVA LO SOCIAL

Esa evolución está marcando —no sólo aquí, sino en el mundo entero— una nueva etapa. Desde que el hombre comen-

zó a tener sentido como habitante de la Tierra, todas las evoluciones se han hecho hacia integraciones mayores. Siendo el hombre aislado, la primera fue la familia; a continuación vino el clan, la unión de varias familias; después vino la tribu, reunión mayor; luego vino el Estado primitivo; más tarde la ciudad; después vino el Estado feudal; luego vino la nacionalidad, las naciones; ahora vienen los continentes integrados. Y es muy probable que, siguiendo esta escala de evoluciones, lleguemos pronto al universalismo: es decir a la integración total de los habitantes de la Tierra.

Nosotros, los hombres, creemos ser los que hemos hecho evolucionar al mundo y a la humanidad. Estamos equivocados. Hay un determinismo histórico, un fatalismo histórico, que es quien actúa subterráneamente, con fuerzas invisibles, empujando esa evolución. Los hombres le vamos colocando arriba y periféricamente un sistema para acompañar esa evolución. Eso es lo más que podemos hacer.

La Edad Media se caracterizó por un sistema: el feudalismo. La Edad Moderna ha tenido su sistema: el demoliberalismo capitalista. El continentalismo se está caracterizando por un cambio total en las estructuras y en los sistemas hacia un profundo contenido social.

Así como el acento fue cargado sobre lo político en la etapa demoliberal capitalista, en la nueva etapa lo está, en profundidad, sobre lo social. Es decir, que ya hoy en el mundo priva lo social. Este es un asunto que se explica perfectamente. El demoliberalismo capitalista —no podemos negarlo— en los últimos dos siglos de su existencia hizo avanzar la ciencia y la técnica más que cualquier otro sistema de los otros siglos precedentes. Eso no lo puede negar nadie. Pero tampoco se puede negar que todo ese inmenso esfuerzo fue realizado sobre el sacrificio de los pueblos. ¿O no?

Ahora los pueblos, a través de los mismos medios que la ciencia y la técnica han puesto en sus manos, se han esclarecido. Hoy, el paisano que vive en la Patagonia y que no ve a nadie por un mes o dos, con su radio de transistores en la oreja, escucha lo que pasa en el mundo. Todo ese proceso, que se realiza a través de los medios de difusión masiva y de los medios técnicos modernos, ha permitido el esclarecimiento de los

pueblos. Como dirían nuestros muchachos, han "avivado" a todo el mundo.

LOS PUEBLOS SACRIFICADOS NO SON FELICES

Ya los pueblos no pueden ser felices si se los somete a un sacrificio, porque se rebelan. A eso estamos asistiendo en el mundo actual.

¿Qué es lo que hay que hacer? Hay que suprimir esos sacrificios. Es necesario un esfuerzo, porque sin él nada andaría ni para atrás ni para adelante; pero ese esfuerzo debe ser sin sacrificio, o sea que debe ser realizado con intensidad y capacidad y justamente compensado por los beneficios que acarrea. Ese debe ser el trabajo moderno.

Si se consigue conciliar perfectamente ese esfuerzo, los pueblos lo realizarán conscientemente y con alegría. Pero ya no es posible seguir imponiéndoles sacrificios, porque se los ha disimulado de cincuenta maneras distintas. Todos decían: "trabajemos diez años para que nuestros hijos después sean felices." No fueron nunca felices.

El sistema demoliberal capitalista no ha practicado lo que lógicamente debe ser el concepto de gobierno. El que ha sido elegido para gobernar, los hombres que tienen que gobernar, deben tener bien arraigado el concepto de que es el esfuerzo el que debe llevar adelante a la comunidad y no el sacrificio. Muchos han sacrificado a los pueblos para alcanzar un alto objetivo político y de desarrollo del país. Otros en cambio, quizás porque no han sacrificado a su pueblo, no han desarrollado un esfuerzo suficiente. Esos son los dos extremos. Lo justo es un pueblo que, alcanzado un índice suficiente de felicidad y de dignidad, elabora la grandeza de la Nación sin apuros y sin hesitaciones; sin obligar a nadie a hacer lo que no quiere y no debe. Es decir que en esto hay un término justo.

UNA COMUNIDAD DONDE NO SEA POSIBLE LA INJUSTICIA

Los hombres que enfrentan esto cada día son los que van obteniendo el éxito. Antes, para lograrlo había que plegarse a

las imposiciones de los imperialismos o de la burguesía, y el que no lo hacía, fracasaba. Hoy, esa situación ha cambiado totalmente; hoy triunfan los que saben llevar adelante a los pueblos y conducirlos dignamente. Aquellos que no lo hacen, son los que fracasan.

Por eso esta evolución, que va imponiendo al mundo nuevos módulos de acción, es la que nosotros hemos venido llamando desde hace treinta años una comunidad organizada, una comunidad donde no sea posible la injusticia y en la que el régimen de acción no pueda ni deba ser el sacrificio.

Si alcanzamos eso, constituiremos un pueblo cada día más feliz, y con un pueblo feliz se puede labrar la grandeza de la Nación. Con un pueblo infeliz, de poco valdría. Yo prefiero un pequeño país, de hombres felices, y no un gran país de hombres desgraciados.

Compañeros: esta evolución, que caracteriza un nuevo sistema, no se puede obtener fácilmente y no se puede alcanzar por fracturas ni por revoluciones violentas.

Observemos que en el mundo ni los países burgueses ni los países totalitarios han alcanzado una felicidad completa para sus pueblos. Pero pienso que, frente a una larga experiencia de la humanidad, se ha logrado un mayor grado de dignidad y de felicidad para los pueblos, a través de la evolución y no de una catástrofe social y política. No son los procesos destructores los que pueden armar un sistema que permita obtener el grado de felicidad y dignidad que soñamos para nuestro pueblo. Eso lo conseguiremos con un trabajo fecundo y digno, para hacer la felicidad de ese pueblo que lo elabora.

Ese es el mejor camino para alcanzarlo. No es necesario ningún sacrificio, ni de los que trabajan ni de los que dirigen y tampoco de los que gobiernan. Nadie tiene necesidad de sacrificarse si cada uno pone su buena voluntad, su deseo y su esfuerzo para construir. De lo contrario, es llevar a los pueblos y a las naciones a la destrucción que desde hace siglos nosotros venimos presenciando. Hace pocos días terminó en Medio Oriente uno de esos ultrajes, en los cuales los intereses de los espurios imperialismos que actúan allí han intervenido, a tra-

vés de dos pobres pueblos que se están exterminando, para ver al final quién se queda con el petróleo.

El sacrificio de los ciudadanos no es, como algunos creen, solamente en el taller, sino que el más grave, más peligroso y más doloroso es el que se libra en los campos de batalla, donde normalmente son los intereses los que privan. Allí no se lucha ni por la justicia, ni por la libertad ni por la democracia, como se ha dicho muchas veces. Se lucha únicamente por el cochino interés, inmediato y directo.

Esos son los verdaderos sacrificios que la humanidad ha venido soportando durante tantos siglos y que sólo la organización de los pueblos podrá impedir en el futuro.

ORGANIZACIONES GREMIALES CONTINENTALES

Por eso, compañeros, pienso que así como esa evolución nos lleva hacia organizaciones políticas continentales en beneficio de los pueblos, nosotros tenemos que ir hacia organizaciones gremiales continentales. Es decir que, si los políticos se unen, los gremialistas también deben unirse. Si algún día integramos el Continente Latinoamericano, la base de esa integración ha de ser la de los pueblos. No se construyen pirámides empezando por la cúspide, sino que es menester hacerlo comenzando por la base, y la base, para mí, son las organizaciones sindicales.

Quiere decir, compañeros, que de la organización sindical no pueden estar ausentes ni la política interna, ni la política internacional, porque ambas son las que le dan el carácter y el tono. Es necesario que nosotros, que hemos alcanzado una organización sindical como la que tenemos, comencemos a tomar contacto y a establecer relaciones directas con los demás compañeros del continente, pensando, como los peronistas, que para un trabajador no debe haber nada mejor que otro trabajador.

Finalmente, compañeros, y para no alargar este tema, del que he tratado de tocar los puntos más importantes, quiero poner un acento especial en lo que se refiere a la organización sindical argentina; a la organización sindical argentina encuadrada en dirigentes capaces y honestos, sin estridencias y sin

revoluciones, que son generalmente teóricas y que se hacen cuando se está en la oposición y no cuando se está en el bando de uno.

La revolución, en el orden gremial, debe terminar cuando la organización sindical constituye un verdadero factor de poder dentro de la comunidad. ¿Por qué? Porque entonces la organización sindical, que es el pueblo organizado, hace sentir el acento no sólo de sus intereses, sino también de sus aspiraciones y ambiciones, que asimismo son una fuerza motriz en la acción política.

NO SE PUEDE RENUNCIAR AL DESTINO

Las organizaciones sindicales no sólo no pueden renunciar a su acción política, sino que incluso la deben administrar inteligentemente, para que jamás ese factor de poder que invisten se debilite por el apartamiento de una función que es fundamental para la base popular a la que representan. Es decir, señores, que cuando los obreros hayan renunciado a intervenir en los destinos del país, esa será una determinación suicida para su propia clase y para sus propias organizaciones. En esto no se puede renunciar al destino, y hay que mantener siempre una organización férreamente unida y solidaria, en cuyo cenáculo pueda discutirse de la manera más libre cualquier tema ideológico o doctrinario; y cuando después de la discusión se haya acordado por mayoría una decisión, habrá de salirse a la calle a defenderla como si fuera la propia decisión de cada uno de los argentinos.

Siempre se ha pensado, durante la larga etapa del demoliberalismo burgués, que los obreros estaban organizados. Esa es una mentira. Los que han estado organizados han sido los poderes que han manejado la política.

¿Y qué poderes han manejado la política? Han sido la burguesía, las oligarquías o las plutocracias. Sólo que ellas no han hecho en su propio beneficio y siempre en perjuicio del pueblo. Si el pueblo quiere liberarse para siempre de esa amenaza no tiene más remedio que mantenerse orgánicamente poderoso. El hombre cede más al poder que a la razón; por eso hay que tener la razón y apoyarla con el poder.

En nuestro país, compañeros, aspiramos al más profundo equilibrio entre lo político, lo social, lo económico, lo cultural. Pero, para que ese equilibrio exista, hay que hacer como en la balanza: es necesario poner en cada platillo algo que pese con la misma intensidad que en el otro.

Eso de sacrificar el poder está en todas las bocas, pero no en todos los corazones. Nosotros debemos seguir el consejo de "ir a Dios rogando, pero con el mazo dando".

Compañeros: Esto quizá en muchos aspectos resulte redundante. Piensen ustedes cómo se tomarían estas cosas hace treinta años, cuando comenzamos a enunciarlas y a realizarlas desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Yo en ese sentido ya estoy como el chino, que ha cumplido con su destino, compró el ataúd y está listo para meterse adentro. Porque, felizmente, he cumplido las grandes etapas que han permitido al Justicialismo afirmarse dentro del país como una doctrina justa, que hoy tampoco la discuten ya sino algunos tontos sueltos que andan por allí y que discuten todo.

Pero ya no hay muchos argentinos que las discutan. Es decir, hemos vuelto a una nueva etapa de nuestras realizaciones, que representan la verdadera Revolución Justicialista, que tiende a cambiar, por reemplazo de las viejas estructuras, un sistema que ya no resiste el tiempo.

Hay muchos que dicen: "Yo soy demoliberal." No es raro. Yo he encontrado a algunos tontos que todavía están enamorados del sistema feudal, del Medioevo; de manera que si hay tontos que todavía están en el siglo XIII, ¿cómo vamos a pensar que no existan otros que están en el siglo XIX o a comienzos del XX?

Pero esos son los últimos resquicios que van quedando de una etapa de injusticia que recibió la alabanza de todos los intelectuales del mundo.

Hoy los nuevos intelectuales comienzan ya a pensar de otra manera y a concebir las cosas en otra medida. Es a esa evolución a la que contribuimos con nuestra organización. Pueden estar ustedes seguros de que, si en la República Argentina no existiese una organización sindical como la que tenemos, nosotros seríamos mucho menos respetados en este momento.

El Justicialismo con nuestra acción ha cumplido sus objetivos. Ahora queda en manos de todos ustedes, especialmente de los jóvenes, la tarea de tomar el testimonio y seguir corriendo.

Yo estoy seguro de que si se realiza esa tarea escolástica en la formación de los dirigentes que salen de la masa y a quienes se puede ir perfeccionando, dándoles la mayor capacidad posible, las organizaciones sindicales no han de ceder en nada a la acción destructora del tiempo, ni ante los ataques que puedan sufrir en el porvenir.

Cuando yo hablaba todas las semanas en la Confederación General del Trabajo, siempre les decía a los muchachos, a los dirigentes: "Estén atentos; miren que el enemigo no duerme; vean que los enemigos existen; un día podemos caer nosotros..." "¡Nunca, nunca!", gritaban. Sin embargo, caímos. Si hemos vuelto, tal vez no sea porque hemos sido demasiado buenos, sino porque los que nos sucedieron fueron muy malos. Por eso nos trajeron de nuevo.

Finalmente, compañeros, para terminar, les quiero expresar que nosotros tenemos una doctrina que fija perfectamente y con claridad una concepción que no está en contra de nadie, pero que tampoco está a favor de las ideologías ajenas a nuestro pueblo y a nuestro país.

Somos simplemente justicialistas; respetamos a los demás, pero queremos que los demás también nos respeten. He dicho varias veces a organismos especiales de la República que no queremos que sean políticamente favorables a nosotros, pero que tampoco sean contrarios. Dentro de esta concepción seguiremos esta regla imperturbablemente: nosotros respetamos a los que nos respetan, queremos a los que nos quieren y luchamos por alcanzar objetivos que desde hace treinta años nos han venido dando la razón.

No tenemos que arrepentirnos de nada de cuanto hayamos hecho, y eso, en la vida de los hombres, es mucho decir.

Les pido a ustedes, que son los dirigentes delegados del interior, que éstas, mis palabras, las lleven a los compañeros junto con mis saludos, que con tanta sinceridad y tanto afecto les hago llegar desde esta Central Obrera, que para mí es casi como mi propia casa.

PERON HABLA A LOS TRABAJADORES

LA DOCTRINA FUNDAMENTO DE LA ORGANIZACION

Discurso pronunciado por el Señor Presidente de la Nación, Tte. Gral. Juan Domingo Perón, en la Confederación General del Trabajo, el 8 de noviembre de 1973.



PRESIDENCIA DE LA NACION

SECRETARIA DE PRENSA Y DIFUSION

Compañeros:

En estas charlas, que ya son sistemáticas para los compañeros trabajadores en la Confederación General del Trabajo, comenzamos con el tema "Los dirigentes". El segundo tema fue "La política y las organizaciones sindicales".

En el día de hoy, y en tercer lugar, voy a tratar de desarrollar el tema referido a la influencia de la formación doctrinaria en nuestro movimiento.

Varias veces he dicho que en las luchas que son comunes a la actividad del pueblo en la defensa de los intereses profesionales, como en la orientación política general, las organizaciones deben seguir para bien de ellas esa lucha, que se ha de desarrollar siempre con dos ingredientes fundamentales: el tiempo o la sangre.

Las luchas violentas consumen sangre, pero las organizaciones permiten ahorrar esa misma sangre. En cambio, necesitan tiempo para realizarse.

EL TIEMPO NOS DIO LA RAZON

Cuando en 1955 el Gobierno Justicialista debió abandonar el poder para evitar una lucha cruenta, nosotros ya pensamos en el empleo de estos ingredientes. Pero cuando no se tiene una organización y no se dispone de una masa organizada y adoctrinada, el expediente no puede ser sino violento, para ser empleado en la lucha. Pero cuando se dispone de esas organizaciones y existe un adoctrinamiento de fondo, es mucho mejor emplear el tiempo, ahorrando la sangre, que en la lucha suele derramarse casi inútilmente.

Cuando debí tomar una resolución que guiase a la conducción general de nuestra lucha, yo contemplé precisamente esta situación. Sabía que disponíamos de una masa organizada en gran parte, pero en mayor medida adoctrinada sobre los principios que el Justicialismo había puesto en marcha en el año 1945. Si no hubiésemos dispuesto de esa masa adoctrinada y de una organización, no habríamos tenido más remedio que recurrir a la lucha cruenta, que siempre desgasta enormemente a las propias organizaciones.

En cambio, aprecié que teniendo esa organización y ese adoctrinamiento era posible consumir tiempo, ahorrando el derramamiento de sangre, que en ese caso hubiera resultado inútil. Por eso fue que resolvimos continuar una lucha a fuerza de voluntad y del mantenimiento de nuestros principios, pensando en que si teníamos razón habríamos de volver y, si no la teníamos, era mejor que no volviésemos.

Es decir, compañeros, que nosotros podemos pensar que, si a la larga hemos triunfado, ha sido porque teníamos razón, y el que debía decidir si la teníamos o no, era el pueblo argentino. Los acontecimientos que se han producido durante la normalización institucional del país, nos han dado esa razón: gobernamos con el único derecho que es inmarcesible, el derecho del pueblo de darse su propio gobierno y sus propias instituciones.

Analícemos muy rápidamente cómo se ha desarrollado esa lucha.

LA DISOCIACION

A nuestro movimiento se lo ha pretendido destruir por distintos caminos. Primero, se lo intentó por el terror, con los conocidos fusilamientos y masacres, de los cuales todos y, especialmente los viejos, tenemos memoria.

Posteriormente, frente a la inutilidad de ese procedimiento, se intentó asimilarnos a otras fuerzas políticas a fin de absorbernos. Tampoco les resultó ese camino. Después se intentó dividirnos, introduciendo dentro del movimiento la cizaña, y el grado de cizaña suficiente como para colocarnos unos frente a otros dentro del mismo. Tampoco este procedimiento les dio resultado.

Después se combinaron varios de esos procedimientos para intentar lo mismo, pero sin resultado positivo para nuestros adversarios.

Yo me pregunto: ¿Cómo se intenta hoy conseguir lo que no consiguieron durante veinte años de lucha? Hay un nuevo procedimiento: el de la infiltración. Es decir, que se trata por todos los medios, utilizando lo que viene de afuera y lo que se puede gestar dentro de nuestras organizaciones, para producir una disociación por la acción de los propios elementos infiltrados. Esto ha calado en algunos sectores, pero no en el de las organizaciones obreras. Las mismas —por el gran sentido de responsabilidad de los dirigentes y la férrea organización alcanzada durante estos veinte años, en que los trabajadores advirtieron que la defensa de sus intereses sólo puede estar en sus propias manos—, constituyen el factor único que las puede convertir en verdadero elemento de poder, con la unión y la solidaridad de ellas.

PRIMERO LA UNIDAD

Si los trabajadores se dividen pierden todo su poder. Esto lo vemos en muchas organizaciones. Yo he visitado numerosos países del mundo donde hay dos o tres centrales obreras: es como si no hubiera ninguna.

Cualesquiera sean los problemas que puedan existir dentro de la organización, ninguno de ellos puede estar sobre la organización misma. Primero está la organización; después, los problemas que puedan producirse en su interior, los cuales deben ser resueltos por las propias organizaciones. Una vez que ese problema se discute —los problemas hay que discutirlos para adoptar la mejor solución— y la mayoría lo ha resuelto de una manera determinada, aquellos que se opusieran a ese temperamento, deben salir de la organización hacia el exterior, a fin de defenderlos como si fueran sus propios intereses.

No se puede concebir, ni tampoco se puede aceptar, que dentro de una organización homogénea, como deben ser las organizaciones sindicales, haya hombres que pretendan imponer sus propias ideas sobre las del conjunto. Ese suele ser un pre-

texto de los que pretenden erigirse en dirigentes cuando, en realidad, de verdad, la masa no los sindicaba como tales. El dirigente no hace el ciento por ciento de lo que quiere; el dirigente, al igual que el gobernante, debe acostumbrarse a hacer sólo el cincuenta por ciento de lo que desea, dejando a los demás que hagan el otro cincuenta por ciento. De todas maneras, ha de tener la sabiduría de que el cincuenta por ciento que elija para sí sea lo fundamental, a efectos de que la organización pueda ser firme y duradera. Cualquier elemento directivo que actúa contra la organización de conjunto, sea un peligro o no, es un germen de anarquía que atenta contra la organización.

NECESIDAD DE UNA DOCTRINA

Las organizaciones sindicales tienen su propia doctrina, porque ellas también tienen una función específica que cumplir. Esa propia doctrina de las organizaciones sindicales es la que constituye el factor de la propia organización; en consecuencia, todos los que forman parte de la organización sindical han de compartir dicha doctrina, pues ella defiende, por sobre todas las cosas, a la organización misma. Sin ese principio no hay organización estable ni duradera y, precisamente, la organización sindical es un derecho que, como el de la familia, es natural, porque el trabajador, en cuanto a convivencia, está más con sus compañeros de trabajo que con su familia, y así es en la mayoría de los casos.

La estabilidad política de las organizaciones depende de esa doctrina; es decir que la doctrina es el basamento fundamental que configura una propia ideología, y ésta ha de ser compartida por todos los que forman la organización. La ideología puede ser cambiante porque en las organizaciones no hay nada de permanencia eterna, ya que ellas evolucionan. Pero cuando ha de cambiarse una ideología o la doctrina, será por la decisión de conjunto, jamás por la influencia de cuatro o cinco trasnochados que quieren imponer sus propias orientaciones a una organización que ya tiene la suya.

COLUMNA VERTEBRAL DEL MOVIMIENTO

En este sentido siempre hemos procedido así en el Movimiento Justicialista, dentro del cual el movimiento sindical representa, sin duda alguna, su columna vertebral. Es el movimiento sindical el que mantiene enhiesta nuestra organización. Eso ha sido desde el primer día en que el Justicialismo puso en marcha su ideología y su doctrina. De manera que esto no es nuevo para nadie.

El movimiento siempre ha sido manejado con un alto grado de liberalidad. Hay que darse cuenta que nosotros no somos un partido político, que tiende normalmente a la sectarización; nosotros somos un movimiento nacional que, por el contrario, tiende hacia la universalización.

Pensamos que todos pueden tener razón y que, en consecuencia, todo es posible. Pero es mediante la discusión que llegamos al desiderátum de lo que debemos hacer. En nuestro movimiento jamás se ha mandado; se ha conducido. Mandar es obligar; conducir es persuadir. Y al hombre es siempre mejor persuadirle que obligarle.

¿Qué sucede ahora en nuestro movimiento? Lo que ha pasado siempre. Yo he sido jefe del movimiento durante los últimos treinta años, pero me he preocupado para que nadie dentro de él pueda ser perjudicado por sus ideas, si éstas no van contra el país o contra la organización que representamos. En nuestro movimiento cada uno tiene derecho a opinar; se formó con procedencias de la extrema derecha y de la extrema izquierda, no de la ultra derecha ni de la ultra izquierda.

Esos son inventos modernos en los que nosotros no nos detenemos a pensar, porque estamos muy conformes con lo que hemos hecho. Así, nuestro movimiento, con hombres de diversas procedencias, ha podido formar un cuerpo homogéneo, con una ideología clara y una doctrina en permanente ejecución en el pueblo mismo. Algunas veces aparecen quienes de buena fe —aunque hay que pensar muy claramente si es de buena fe—, piensan de otra manera. Generalmente se los señala como traidores. No es que sean traidores; piensan de otra manera, enga-

ñados o no. Nosotros, desde el Movimiento, con el poder de nuestra verticalidad los podríamos haber eliminado totalmente. A uno por uno los podíamos ir arrojando del Movimiento, pero nunca lo hemos hecho, salvo, a través de los tribunales de disciplina, a alguno que, políticamente, sacó los pies del plato.

LAS AUTODEFENSAS EN EL MOVIMIENTO

Eso es lo que ha dado la maleabilidad que permite a nuestro Movimiento desenvolverse con soltura. Es decir, nadie está obligado —éste no es un servicio militar obligatorio— a hacer lo que no quiere. Pero lo que sí exigimos es que cada uno respete los grandes principios sobre los cuales hemos creado el Movimiento, a fin de que no se desvirtúe la marcha que sigue en lo político, en lo gremial y en los problemas generales del país.

Cuando aparece uno de esos individuos calificado como traidor, vienen a mí para decirme que hay que echarlo. Pero ello no es lo que corresponde, como yo lo afirmo, dado que esos individuos son útiles en una organización doctrinariamente capacitada.

Sucede en esto como en la naturaleza misma, como en el organismo fisiológico, es decir, en nuestro cuerpo. Sin sus defensas naturales hace miles de años que el hombre habría desaparecido de la tierra. No sólo los médicos y la penicilina son los que lo conservan, sino las propias defensas que están en el organismo fisiológico.

¿Cómo se generan esas autodefensas? Es muy simple. El mismo microbio que entra, el germen patológico que invade el organismo fisiológico, genera sus propios anticuerpos, y esos anticuerpos son los que actúan en autodefensa. En el organismo institucional sucede lo mismo. Cuando se dejan actuar los gérmenes patógenos, que también los hay, al entrar en el cuerpo orgánico institucional, generan también sus anticuerpos. Y esos anticuerpos se ven todos los días en nuestro Movimiento; a cualquiera que proceda mal enseguida las autodefensas lo señalan. Y muchos se corrigen, cuando actúan de buena fe. Otros que no utilizan esa buena fe no se corrigen, pero a menudo lle-

ven su merecido porque se los va aislando y separando del cuerpo, a fin de que no puedan seguir haciendo mal. Esas autodefensas son las que han permitido sobrevivir a nuestro movimiento de todas las acechanzas y peligros a que ha sido sometido. Sin esas autodefensas, probablemente nuestra organización hubiera sido destruida.

ORGANIZAR NO ES JUNTAR

Por otra parte, organizar no es juntar, como mucha gente cree. Organizar es preparar conciencias para actuar en forma unida y solidaria. Y eso se consigue inculcando una doctrina. La doctrina no se enseña, se inculca. Es decir, hay que meterla en la mente, pero también en el corazón. Solamente así perviven las organizaciones doctrinarias cuando la doctrina ha sido inculcada. Cuando ese fenómeno se ha producido en la institución recién podemos decir que estamos organizados. Juntar gente heterogéneamente congregada sólo sirve para que se peleen y se separen. Unir gente adoctrinada es para que se aglutinen cada vez más, discutan y se aglutinen más aún.

Ese es el principio fundamental de esta organización y debe serlo de todas. Por eso, a nosotros nos ha sido fácil conservar nuestra organización. Aún cuando hayamos estado dispersos y desconectados, la organización existía. La veo todos los días al cruzar las calles de Buenos Aires; a toda esa gente que sale, se le ve en la cara que es gente que está, y eso es lo que debemos buscar, que estén todos, porque la conducción política tiene esa imposición.

Algunos dicen que hay que seleccionar. No, la función política, como la función gremial, es la de llevarlos a todos hacia los objetivos; el que quiere llevar solamente los buenos, va a llegar con muy poquitos. Y desgraciadamente en estos menesteres, con muy poquitos no se puede hacer mucho. Ese es uno de los principios inmanentes de la política.

Indudablemente, esto no quiere decir que carguemos con toda la escoria que suele existir; eso es lo que debemos discernir con claridad.

Por ejemplo, ¿qué pasa en nuestro Movimiento? En nuestro Movimiento hay dos acciones perfectamente claras y determi-

nantes: las discusiones entre nosotros por un mejor hacer, que siempre en el Movimiento han existido. Lo que discutimos nosotros para que nuestro Movimiento sea cada día mejor.

Esa es la acción endógena del Movimiento; lo que se produce dentro del mismo. Es lo normal y natural; algunas veces nos enfrentamos y muchas veces lo hacemos con pasión, pero lo hacemos de buena fe y para servir a la organización.

Eso es lo lícito, lo lógico, lo natural y conveniente en toda organización. Es decir, que la pluralidad de opiniones no es un inconveniente, sino una posibilidad para discernir y es de ese discernimiento que sale lo mejor. En nuestras organizaciones debemos luchar para que siempre salga lo mejor.

Ese es uno de los fenómenos que ocurren dentro de nuestro Movimiento y que, lejos de preocuparnos, deben satisfacerlos.

Desgraciadamente, en estos tiempos, a eso hay que sumarle una acción que podríamos llamar exógena y es la que viene de afuera y está trabajando contra nuestras organizaciones.

Observen ustedes que contra Perón no trabaja nadie. El tiro es contra nuestras organizaciones. Cuando alguien quiere atacarlo a Perón, sin que se note, ataca a un dirigente que está con él, o a un ministro, o a un compañero. Lo ataca y le dice de todo. Yo sé que cuando se lo dice a él, me lo manda para mí.

Esa es diríamos, la acción endógena, intrínseca, la que se produce alrededor nuestro. Pero hay otra, que viene de afuera, llámese ITT, CIA, etcétera, que también existe, y que utiliza a los hombres que paga además de los idiotas útiles que las sirven de una u otra manera.

Para los que conducimos eso no es nuevo; ha existido siempre, ha sido siempre un acicate que hemos tenido para luchar. La lucha cuanto más difícil y complicada suele ser mejor para empeñarse realmente en la misma y, cuando se tiene razón, es mejor morir defendiéndola que plegándose a la mentira. Ese es el pensamiento que siempre he sostenido. En este sentido nosotros tenemos que proteger a las organizaciones, no a Perón, ni a un dirigente determinado. No. Es a la organización a la que hay que defender; mientras no le hagan nada malo a ella no

importa lo que me hagan a mí o a otro dirigente. Nosotros estamos precisamente, como blanco para que tiren sobre nosotros a fin de que no tiren sobre la organización, que puede ser peligroso.

UNIDAD Y SOLIDARIDAD

Por eso, en este sentido, tanto en lo que se refiere a lo exógeno, lo exterior, como a lo endógeno dentro del propio país que trabaja contra nuestras fuerzas orgánicas tratando de crear divisiones extrañas a nuestro pensamiento y conveniencia, lo que viene de afuera y se disfraza de una u otra cosa, aunque use la camiseta peronista, se vence mejor dándole tiempo y acción. Que se muestre. Nosotros no necesitamos ni votos ni alabanza. Necesitamos simplemente estar unidos y solidarios, y esos que nos atacan de afuera, nos unen y nos hacen más solidarios con nuestros compañeros y con nuestras organizaciones. Yo no les tengo ningún temor. Ya nos hemos probado frente a muchos intentos de destruirnos. También sé que hay conspiración dentro del país. Tampoco les tememos, porque eso de conspirar ya se ha hecho un hábito en casi todos nuestros países. Se vive permanentemente cerca de las conspiraciones. Es necesario alertar al pueblo y decirle que esté tranquilo. Si lo hacemos no hay conspiración que pueda vencer, ya que a la larga es el pueblo el que vence. Cuando cualquier fuerza se enfrenta con el pueblo, en forma irremisible uno de los dos debe desaparecer. Sería muy difícil que desapareciera el pueblo.

Por eso los medios que debemos utilizar para enfrentar todas estas posibles acechanzas son siempre los mismos: la unión, la solidaridad y el mantenimiento firme de nuestras organizaciones. Pasaremos momentos difíciles, todos los que quieran pero mientras en el corazón de los hombres esté el principio que defendemos, podremos mantenernos suficientemente organizados.

Es decir, que este es un problema con el cual no puede disentir ningún argentino. En esa acción exógena, sea dentro de un sector, sea fuera del mismo, o de afuera contra nuestras

organizaciones, él representa el enemigo común contra el que debemos luchar todos unidos y solidarios. Si así lo hacemos, sabremos que somos invencibles.

HOMENAJE A LA MUJER

He querido hablar sobre estas cosas, a fin de fundamentar la necesidad de crear cuanto antes nuestras organizaciones escolares, nuestras escuelas sindicales y políticas. Necesitamos el más alto grado de preparación, pues desde esas escuelas es de donde ha salido el adoctrinamiento de nuestra masa, sumado a la acción de las madres, porque la participación de la mujer en la política ha resuelto un gran problema, cual es el de la formación de los niños.

Entre el nacimiento y los seis años de edad, los niños forman el subconsciente. Esa es tarea de la madre, y cuando yo veo que ese chico, que tiene cinco o seis años, sale a la calle y me hace la "V" de la victoria con sus manitos, yo pienso lo siguiente: "Esto se debe a la acción de la mamá."

Por eso he querido desde aquí rendir un homenaje a esas madres que en el hogar han sabido dar a sus hijos una orientación suficiente.

Nosotros queremos nada más que se formen hombres buenos, porque pensamos que para darle armas culturales a un hombre, lo fundamental es que sea bueno. ¡Dios nos libre de un malvado con muchos medios intelectuales para poder perjudicar a sus semejantes! Esa es la primera escuela social y política que tienen los argentinos: en primer término, los hogares y, en segundo lugar, las madres.

De esa escuela los niños han de pasar luego a la enseñanza, pero cuando llegan a ella ya deben tener formado el subconsciente. Ese es el ideal. Es necesario que los niños sean totalmente incontaminables, porque nuestra juventud, que está en marcha y es magnífica, está siempre frente al peligro de ser contaminada desde afuera. Nosotros debemos trabajar en lo que respecta a la juventud, pero no colocándonos frente a ella, que no tiene la culpa; en realidad, la culpa la tienen unos cuantos que la manejan y la giran como capital propio, cuando no tienen nada que ver con ese capital.

PREPARAR LA JUVENTUD

Luchamos porque un día esa juventud, que constituye una de las ramas del Movimiento, tenga sus verdaderos y fehacientes representantes, sus dirigentes, a los cuales nosotros les podamos confiar un día nuestras banderas para que las lleven al triunfo. Pero para eso debemos estar seguros, debemos saber que esa juventud no hará mal uso de esas banderas por estar engañada o por estar conducida por gente que no merece su conducción. Queremos que la juventud se conduzca por sí, con hombres que ella misma determine. Entonces, podremos incorporarla al Movimiento, con la convicción absoluta de que nos será útil ahora y que nos representará dignamente en el futuro. Frente a toda posible conspiración endógena o exógena, de adentro o de afuera, debemos tener la convicción de que esas fuerzas no están para apoyar ni al país ni a su pueblo. Esas son las fuerzas que siempre representan al genio del mal.

En el Congreso argentino hay un cuadro que se llama "El Sembrador", que regaló la Cámara de Diputados de Chile a la Cámara de Diputados de la Argentina. Es un sembrador que va arrojando la semilla en el surco; detrás de él viene uno que la va aventando. Esa es la imagen de la vida. Siempre hay sembradores y siempre hay aventadores de semilla que los siguen.

En esto, nosotros tenemos que poner nuestra sensibilidad para eliminar o neutralizar a todos esos aventadores de semilla, que son siempre gente de mala fe. Al hombre de buena fe, un abrazo; al de mala fe, no puedo decir qué.

Cualquier conspiración contra el pueblo debe ser conocida por el pueblo mismo. Estamos actuando sin secretos, a cara descubierta. Nosotros representamos la gran mayoría del pueblo argentino, y tenemos la responsabilidad de defenderlo. Y lo haremos con la decisión, la energía y la dignidad con que deben resolverse esos problemas. No creo que esto pueda hacer que la sangre llegue al río, pero todos debemos estar alertas.

Este es un problema que concierne a todos y a cada uno de los argentinos. Y cada uno de los argentinos lo debe tomar con la seriedad que este problema impone, porque en ello va la suerte de nuestro país y la del pueblo argentino.

CONDUCCION Y REALIZACION

Compañeros: no quiero abundar más en estos mismos conceptos, porque sé que ustedes, que viven todos estos problemas, los conocen tan bien como nosotros en el gobierno. Hoy el pueblo argentino está suficientemente esclarecido como para conocer sus propios problemas. El gobierno sólo trata de interpretarlos, porque la doctrina justicialista fijó el primer día, entre sus enunciados, que nosotros, los conductores, somos los inspiradores de nuestra ideología y de nuestra doctrina y que el pueblo es el realizador de ambas cosas.

Nosotros no realizamos por nosotros; nosotros inspiramos y el pueblo realiza. Por eso, entre los que conducen y los que realizan tienen que haber una absoluta unidad de concepción de los problemas, para que ello nos permita buscar soluciones con unidad de acción.

Si nosotros, compartiendo una concepción, somos capaces de obrar con absoluta unidad de acción, no hay problema en el país que no se pueda resolver. Estamos en ese trabajo; nos hallamos planificando, y dentro de muy pocos días he de anunciar el primer plan de nuestro gobierno.

En ese plan están comprendidas todas las ideas que vengo enunciando, además de los aspectos que hacen a lo económico, a lo cultural, etcétera.

Queremos —así lo haremos como ya lo hicimos con el primer y segundo plan quinquenal—, que no haya un solo argentino que ignore el contenido de ese plan, porque hacer un plan para que sólo lo conozcan los dirigentes es un gravísimo error. Cada ciudadano que en su lugar de vida, de lucha o de conducta tenga una misión que cumplir, debe recibir las orientaciones con claridad para que las pueda realizar con decisión y energía. Un plan debe dar a cada ciudadano una misión, y cada ciudadano ha de empeñarse en ella para que el plan pueda llevarse a cabo. Ese es nuestro punto de vista.

De manera que el plan que vamos a anunciar dentro de pocos días será profusamente difundido para que todos los argentinos lo conozcan perfectamente bien. En él irán todas las

direccionales orgánicas y de ejecución para que en un momento dado todos estemos decididos a cumplir con nuestra misión, que se inicia poniendo a todos los argentinos a patear para el mismo arco.

LA ESCUELA SINDICAL

Compañeros: quiero terminar estas palabras pidiéndoles a todos los miembros de comisiones directivas del país que se preocupen por formar rápidamente las escuelas sindicales. Nosotros aquí, en la Capital Federal, formaremos la correspondiente a la CGT, es decir la Escuela Superior Sindical. Pero en todos los rincones del país se deben organizar las escuelas para ir encaminando a nuestros dirigentes jóvenes, además de ir afirmando nuestros principios doctrinarios y orgánicos.

Para los agregados obreros haremos cursos especiales porque éstos irán a las embajadas llevando misiones especiales para las que deben estar expresamente capacitados. No queremos enviar a las embajadas hombres de adorno sino de trabajo y de acción.

Y respecto de esto he pedido a los compañeros de las organizaciones, especialmente de la Confederación General del Trabajo, que se efectúe una tarea muy selectiva en la designación de los candidatos, que deberán ser sometidos a cursos especiales.

Esos cursos especiales no serán solamente de enseñanza y de capacitación, sino serán también de selección. Allí los profesores dirán quiénes van a rendir o no en su trabajo.

De acuerdo con eso y con lo que decida la central obrera, nosotros tendremos el gusto de volver a designar a los agregados obreros a las embajadas argentinas. Donde haya mucho trabajo, se designarán dos o tres, es decir los que sean necesarios.

Pensamos que hoy los trabajadores argentinos, por la importancia de nuestras organizaciones, pueden tener una tarea extraordinariamente destacada para buscar también unidad y solidaridad con los demás trabajadores del continente. Consideramos que si América latina ha de integrarse, como son los deseos de

casi todos los dirigentes populares, esto ha de comenzar a tener su base en la organización sindical, que es donde está el número verdadero del pueblo.

Para construir esa pirámide no empezaremos por la cúspide, sino que lo haremos por la base y, sobre ella, podremos edificar algo que sea seguro y permanente.

Esa tarea la recibirán nuestros agregados obreros y la cumplirán con la ayuda del personal de nuestras embajadas, porque creemos que el momento en que vive el mundo y que nuestro continente transita, es indispensable que desarrollemos esa unidad.

No olvidemos esto: el pueblo argentino se unió también sobre la clase trabajadora. Pensamos que ese mismo experimento que nos ha dado tanto éxito en la Argentina, nos puede dar el mismo éxito en el continente.

